

¿Posee el conocimiento biológico un interés específico? Notas sobre Habermas, el realismo y otras hierbas

Alan A. Rush

1. Un interés ausente en Habermas

En *Conocimiento e interés* (1), Habermas enumera tres intereses que constituirían otras tantas condiciones de posibilidad de la objetividad de tres tipos de ciencias: el interés tecnológico vinculado a las ciencias naturales, el interés práctico vinculado a las ciencias histórico-hermenéuticas y el interés emancipatorio vinculado a la teoría social crítica y el psicoanálisis. Aunque Habermas explícitamente enmarca toda su argumentación en el hecho de la evolución biológica de la especie humana, paradójicamente no se ocupa del estatuto epistemológico de la ciencia biológica, a la que tácitamente incluye en las ciencias naturales regidas por el interés técnico, manipulatorio.

¿Es realmente satisfactoria esta ubicación de la biología? ¿Acaso ella está regida por un interés técnico-manipulatorio o podría hablarse, por el contrario, de un interés y tipo de objetividad específicamente biológicos? Sugiero que corresponde a la ciencia biológica un interés bio-ecológico específico. Habermas rechaza esta posibilidad. En una reciente entrevista establece el siguiente diálogo:

Pregunta: "¿La emergencia de la ecología, como teoría y movimiento, modificó su anterior opinión de que existe 'sólo una actitud teóricamente fecunda en relación con la naturaleza', conformada por el interés de su control técnico?..."

Respuesta: "Por lo que puedo juzgar, desde un punto de vista metodológico, estas investigaciones inspiradas en la ecología se desplazan dentro del marco heredado. Hasta el momento, nada parece sugerir que estemos frente al desarrollo de ciencias naturales alternativas, caracterizadas por una actitud no objetivante, como lo es la actitud de un proceso de comunicación, es decir teorías en la tradición de las filosofías de la naturaleza alquimísticas y románticas." (2)

La respuesta de Habermas no sólo niega la especificidad de la biología de hecho sino también, para nosotros, de derecho: un interés no tecnológico para con la naturaleza sólo podría ser, en su opinión, un interés plenamente práctico-hermenéutico. Con esta disyuntiva de hierro —que para nosotros es inaceptable— Habermas reafirma explícitamente la tesis implícita en *Conocimiento e interés*.

2. Interés bio-ecológico y ciencia biológica

Desde luego que es posible tratar tecnológicamente a los seres vivos y su ecosistema. En el capitalismo esta posibilidad se actualiza hasta el paroxismo: los seres humanos mismos son manipulados como máquinas: su "input" alimentario y su "output" laboral son objeto de medida física y cálculo económico. Paralelamente, el ecosistema del hombre es explotado y depredado con una intensidad y anarquía inéditas, que precisamente desembocan en la actual crisis ecológica, que juntamente con la crisis del armamentismo nuclear ponen en peligro la supervivencia de la especie misma.

Como expresión teórica del dominio técnico ilimitado de la vida y la naturaleza, el slogan cartesiano sobre las ciencias prometía convertirnos en "amos y señores de la naturaleza". Hoy, filósofos más o menos mecanicistas como Hempel y Nagel siguen intentando encajar la vida en el rígido molde cartesiano, y asimilan la explicación biológica a la explicación causal.

Pero la ciencia biológica sabe que la selección natural desfavorece y eventualmente extingue a aquellas especies que abusan de la vida y el ecosistema. El equilibrio del ecosistema supone que éste favorezca la reproducción de los organismos que alberga, y recíprocamente que la satisfacción de las necesidades de éstos no atente contra la regeneración del ecosistema. El interés bio-ecológico de la ciencia biológica supone por tanto no una mera e ilimitada actitud de dominio técnico de la vida y el ecosistema sino la doble actitud de *satisfacer* las necesidades de la vida y *conservar* el ecosistema, lo que puede resumirse en una única exigencia de *reproducir* la totalidad viviente del ecosistema a lo largo del tiempo.

El interés bio-ecológico que hoy requiere urgentemente ser confiado a una ciencia empírica especializada, es reconocible en la actitud natural de los animales para con su propio cuerpo y el de sus congéneres. Cada animal no trata a su cuerpo como una máquina a explotar sino que responde espontáneamente al llamado de sus necesidades y lo cuida. En el hombre tal actitud tiene el carácter de una experiencia vivida. Aunque los fenomenólogos de la existencia no solían simpatizar con la biología científica, la terminología que acuñaron para el hombre es sugestiva también en relación con otros animales y su ecosistema. En el lenguaje de Heidegger la *physis* como "fuerza que brota y permanece" nos sugiere el medio ambiente inorgánico y orgánico, la sentencia del hombre como "pastor" del ser tiene también una resonancia ecologista, como igualmente el "dejar ser" al ente como opuesto a su manipulación técnica. Análogamente el "cuidado" o la "cura" nos parecen a veces, lamentablemente, más aplicables a una gata que protege a su cría y lame su propio cuerpo que a nuestra depredadora especie. Por todo ello Heidegger ha podido ser interpretado como un pensador ecologista avant la lettre.

Sugiero que incluso la actitud de los biólogos científicos para con sus plantas, ratas o ecosistemas participa del interés arriba elucidado como satisfacción, conservación, reproducción, cuidado, cura, etc. Interés al que corresponde un modelo funcional y teleológico de explicación y no un modelo causal, y una ontología sistémica y emergentista y no una mecanicista y reduccionista. (No principalmente: ADN, etc.; pero notar que aún esta parcial reducción requiere hablar de "códigos", "mensajes", etc., esto es usar una terminología no estricta o clásicamente físico-química). Nuestra propuesta emergentista y funcional rechaza también el romanticismo vitalista al que Habermas apela para negar por el absurdo la posibilidad de un interés específico de la ciencia biológica. Entre nosotros tal visión animista sobrevive en la práctica de nuestras abuelas que hablan cariñosamente a sus plantas al regarlas. Desde luego, opino que sus plantas resplandecen porque

son regadas, cuidadas, y posible aunque no necesariamente porque son estimuladas comunicativamente de un modo que aún desconocemos. La actitud y el interés del biólogo para con la vida no son, entonces, hermenéuticos, pero tampoco meramente técnicos, manipulatorios, sino que se hallan entre esos dos extremos.

Las ventajas de esta elucidación del interés específico de la biología para la investigación biológica y su filosofía son claras: da apoyo y orientación a los programas de investigación emergentes y sistémicos que ya existen aunque acaso con insuficiente vigor, los protege de lo que de ilegítimo hay en los programas rivales reduccionistas, y encarga a la filosofía un fecundo campo de reflexión: el desarrollo de sus conceptos ontológicos centrales, en el marco de una ontología materialista que incluya la evolución semi-dialéctica de las especies y la a veces-dialéctica historia humana, y la aclaración lógica y epistemológica de las explicaciones funcionales y teleológicas como un tipo irreductible de explicación. Ambos problemas han suscitado últimamente desarrollos particularmente intensos e importantes, como se sabe.

En el plano del interés, nuestra propuesta invita a continuar en la ciencia biológica y su filosofía el "psicoanálisis" bachelardiano de los intereses espurios del conocimiento. Si Bachelard tiene razón en erradicar el animismo de la física como obstáculo epistemológico (en la biología el reduccionismo mecanicista conlleva un interés igualmente espurio (cuando se extralimita)! La mecanización de la vida y la explotación indiscriminada del ecosistema manifiestan la explotación del hombre por el hombre y la sujeción de la especie al trabajo forzado. Inversamente una sociedad libre del trabajo forzado y la explotación estaría en mejores condiciones de comprender científicamente la vida animal y humana, y presumiblemente se propondría una ética no romántica para nuestra relación con nuestros hermanos animales.

El carácter represivo de los modelos filosóficos mecanicistas de la vida resulta evidente para un psicoanálisis del interés. Así, el modelo mecanicista de Nagel para un "sistema orientado hacia un fin" (3) asimila al ser vivo a mecanismos tales como los termostatos o, menos inocuamente, los misiles tele-dirigidos. ¡Nagel ha robado a los seres vivos toda vida alimentaria, sexual y social!: el "estado-G" que su modelo debe alcanzar es un estado *físico, interior* al mecanismo, y que este debe conservar después de una alteración. Además, Nagel no nos dice nada acerca de la pre-programación u ocurrencia de la muerte en estos organismos individualistas y mecanizados. De modo que el aparentemente terrenal científicismo de Nagel oculta motivos teológicos (lo que nuevamente remite al campo de las ideologías represivas): las maquinillas de Nagel son sobrias, castas, presumiblemente inmortales, en una palabra ¡santas! Algo parecido encontramos en Hempel. Los "sistemas abiertos" de Von Bertalanffy, en cambio, se alimentan y mueren, pero al parecer son, ellos también, asociales y asexuados. Por ello el modelo puramente termodinámico de Von Bertalanffy no puede dar cuenta tampoco de la evolución, a diferencia del modelo genético y cibernético y, en este sentido, "comunicacional", de Monod o Wiener.

3. Importancia de lo anterior para las ciencias vecinas de la biología: las ciencias físico-naturales y las ciencias humanas

Un importante desarrollo científico y epistemológico de las ciencias bio-ecológicas no puede dejar de afectar profundamente a las ciencias vecinas hacia arriba y hacia abajo. En lo que resta de esta ponencia sugeriré brevemente que tal es efectivamente el caso.

a) La ciencia físico-natural librada a lo que según Habermas es su interés propio, el interés de dominio técnico, comete el pecado de hybris si olvida el fundamento bio-ecológico de toda tecnología. En efecto, sólo los seres vivientes poseen tecnología, y si esta se extralimita al punto de destruir el ecosistema, destruye la vida y con ello se destruye a sí misma. En el plano metodológico y epistemológico esta hybris toma la forma de una interpretación positivista e instrumentalista de la ciencia natural y el olvido de la alternativa realista.

El instrumentalismo o convencionalismo, movido por la ambición de dominio técnico, toma los datos supuestamente básicos de la experiencia y/o las construcciones de la ciencia como las únicas realidades cognoscibles (y, tácitamente, existentes), y define a la verdad como utilidad práctica y/o conveniencia teórica. El científico no tendría límites en su acción de configurar teóricamente la realidad. El realista crítico, en cambio, admite que “detrás” de las cambiantes configuraciones empíricas hay cosas, sustancias o estructuras profundas relativamente permanentes y dotadas de poderes causales, que la ciencia puede conocer, aunque sólo aproximativa y perspectivamente (remito acá a la obra de Harré, Bhaskar, etc.). El realista crítico es heredero de la visión griega de la physis como “fuerza que brota y permanece”, y que pone límites a la hybris tecnológica.

Sugiero entonces que el realismo es la proyección correctiva del interés bio-ecológico sobre la ciencia físico-natural. Si, como dijimos antes, el concepto de sistema fluye naturalmente del conocimiento biológico, la cosa o sustancia es el tipo elemental de sistema requerido por el conocimiento físico. El ecosistema incluye al hombre y su medio físico, de modo que la ciencia física es impensable seccionada del interés bio-ecológico y de las condiciones de posibilidad ontológicas de su cumplimiento. Esta sugerencia encuentra apoyo en las simpatías biológicas de muchos realistas, de Aristóteles a Bunge (pienso en la ontología sistémica y emergente de este último).

Al mismo tiempo, dado que la filosofía trascendental de los intereses del conocimiento recibe su impulso más vigoroso de la teoría crítica de la sociedad, realistas críticos como Bunge, atados principalmente a las ciencias naturales y sus intereses, tienden a permanecer ciegos a los intereses en general, y a tomar como único y absoluto el tipo de objetividad de su ciencia en cada caso favorita. Ello explica que el realismo tradicionalmente se ha considerado libre de todo interés, esto es como el representante de La Verdad sin más. La teoría trascendental de los intereses, que da forma filosófica concreta a la tesis dialéctica de la interpenetración de sujeto y objeto, por su parte omite ubicar al conocimiento biológico en su enumeración: ¿no será entonces que realismo y biología guardan una vinculación secreta?

Cuando los realistas no instruidos por la teoría del interés extienden su realismo de las ciencias naturales a las ciencias humanas introducen en éstas intereses espurios y obstáculos a “psicoanalizar”. Así, si es bueno ser conservador en ecología, no lo es tanto serlo en ciencias sociales. Me parece que este interés espurio se hace sentir, más allá de las declaraciones explícitas, en el tipo sistémico y funcionalista de teoría social que defiende Bunge e incluso, aunque en mucho menor grado, en el “realismo trascendental” de Bhaskar en su aplicación a las ciencias humanas.

Una aclaración: en el texto de *Conocimiento e interés* (1968) Habermas parece inclinarse sin más por una concepción instrumentalista de la objetividad y la verdad en la ciencia natural. En el epílogo (1973) de esa obra, en cambio, reconoce las dificultades de la interpretación pragmática de la ciencia y toma en serio la alternativa realista, a la que finalmente rechaza, acaso porque confunde el buen realismo crítico con el mal realismo

empírico, ingenuo. Su distinción entre las condiciones instrumentalistas de la objetividad y las condiciones argumentativas de la verdad no me parece que resuelva el problema. Preferible es la posición de Bhaskar, para quien la ciencia natural pura es realista y sólo sus aplicaciones son instrumentalistas. Más aún, parece posible y necesario subsumir dialécticamente instrumentalismo y realismo crítico—reconociendo la validez aproximativa de cada uno en su esfera— en un punto de vista más alto que admita que, después de todo, es el hombre como especie peculiar “destinada” al conocimiento y los valores ético-políticos, pero acaso también a la violencia, quien emprende la investigación física y biológica.

c) Sólo telegráficamente puedo ocuparme del necesario impacto del conocimiento bio-ecológico y su filosofía sobre las ciencias humanas. Parecería que así como las ciencias físicas seccionadas de su cordón umbilical ecológico caen en la hybris instrumentalista, las ciencias humanas ignorantes de su base biológica corren el peligro de inflarse idealistamente. Concedo que es necesario andar con mucho cuidado acá, para sortear el obstáculo de programas reduccionistas tales como los de la sociobiología, en lo que tienen de ilegítimo (4).

Ambos excesos anti-biológicos implican un apartamiento respecto del materialismo, de modo que la influencia de la biología en las ciencias vecinas inferiores y superiores sería esencial para la fidelidad de estas al materialismo. En Habermas, que hemos notado desatiende la biología, encontramos en efecto la tendencia a ambos excesos: tiende a ceder la ciencia natural al pragmatismo, y a ceder la ciencia social a la hermenéutica idealista de la comunicación toda vez que parece considerar a las normas e instituciones como realidades independientes de la producción material. Quizá otra interpretación del materialismo histórico como la de G. A. Cohen (5), que sorprendentemente consituye tanto un valioso aporte para la filosofía de la historia como para la filosofía de las explicaciones funcionales de la biología, deba corregir y corregirse en un diálogo con la interpretación hermenéutica de Habermas.

Para terminar, entonces, también el desarrollo de la biología y su epistemología instruye a las ciencias humanas. Pero la influencia en sentido contrario es el tema principal de esta ponencia: la teoría trascendental de los intereses del conocimiento, sugerida a la filosofía por las ciencias humanas, es altamente instructiva para las ciencias biológicas.

Referencias

- (1) J. Habermas: *Conocimiento e interés* (1968), Madrid, Taurus, 1982.
- (2) J. Habermas: “Perfil político y filosófico”, entrevista de Terry Eagleton y P. D. (1985), Buenos Aires, revista *Punto de Vista*, Año IX, Nº 27, agosto 1986, p. XXIII.
- (3) E. Nagel: *La estructura de la ciencia* (1961), Buenos Aires, Paidós, 1974
“Teleology Revisited”: Dewey Lectures 1977, *The Journal of Philosophy*, Vol. LXXIV, Nº 5, May 1977, pp. 261-301.
- (4) L. Olivé: “La sociobiología y los fundamentos de las ciencias sociales”, *Revista Latinoamericana de Filosofía*, Vol. X, Nº 1, marzo 1984, pp. 43-62.
- (5) G. A. Cohen: *Karl Marx's Theory of History. A Defence* (1978), New Jersey: Princeton University Press, 1980.